

Reflexiones para un contraataque ciudadano (mirando las guerras desde Chile)

María Eugenia Horvitz

El bombardeo, un 11 de septiembre, al que era nuestro símbolo de la democracia republicana, coincidió –también en día martes–, con el atentado a las Torres Gemelas y al Pentágono en Estados Unidos. Unos aviones –convertidos en bombas humanas– causaron estragos inmediatos, demostrando que el mayor poder militar del mundo podía tambalear y no había forma posible para defender a las víctimas. Los fantasmas del horror al calor de las llamas continuarán persiguiéndonos. La memoria evoca –para los chilenos y para tantos en el mundo– que la inclemencia tiene el signo de los poderes autoritarios, ayer en nombre de “los llamados de la patria, contra el cáncer marxista”, ahora en nombre de la guerra contra “los infieles”.

Las voces omnipresentes y “globalizadas” de los medios de comunicación, aunque con susurros disidentes, nos tratan de convencer de que luego del horror por el sacrificio humano, que ciertamente debía ser considerado un acto de guerra, solo cabían dos tomas de posición, fuere en las huestes del presidente de los EEUU, Georges W. Bush o en las del líder de la Jihad árabe o islámica, Ossama Bin Laden. El primero nos ha dicho: “Esta es la guerra del mundo, la guerra de la civilización... Cada nación en todas las regiones tiene que tomar una decisión. O ustedes están con nosotros o están con los terroristas”. A lo cual replicó Bin Laden, en representación de “los musulmanes”: “Yo les digo que estos acontecimientos han dividido el mundo en dos campos, el campo de los fieles y el campo de los infieles. Que Alá nos proteja de ellos. Cada musulmán debe levantarse para defender su religión. El viento de la fe está soplando y el viento del cambio está soplando para eliminar el mal de la Península de Mohammad; que la paz sea con él”.

Mirando desde Chile, tanto las alternativas como las interrogantes son múltiples. Lo primero que salta “a la vista”, y luego a

la comprensión, es que ambos dicen representar valores morales contrapuestos, que los acreditan para las fechorías de la guerra, para la muerte de los que no combaten, ni forman parte de un mundo militar de soldados profesionales.

Las preguntas que vienen enseguida son todavía más riesgosas en las circunstancias actuales: ¿Representan estos dirigentes a las facciones en conflicto? ¿Es el presidente Bush representante de una “civilización” occidental cristiana? ¿Hasta qué punto es Bin Laden la voz de millones de musulmanes, cuya totalidad tampoco es árabe? ¿Se hacen eco los gobiernos de las naciones en guerra de las diversidades e intereses económicos, sociales y culturales de los pueblos que las conforman? ¿Existe unanimidad para encarar la situación presente en sociedades secularizadas como la nuestra? ¿Qué otras reflexiones y participaciones se perfilan más allá entre la masculinidad de la guerra, las discriminaciones de género y los efectos del terror sobre mujeres y niños?

Responderé a algunas de estas interrogantes, consciente de que están a flor de piel las sensibilidades y memorias de nuestros sufrimientos. A la imagen del Pentágono en llamas, se sucede el recuerdo de “las acciones encubiertas” que posibilitaron los asesinatos masivos, los campos de concentración, la tortura y el exilio de miles en nuestro país. Son las acciones que asolaron a gran parte de América Latina. Tampoco deja de conmovernos la denuncia de “los terroristas” que, en virtud de las políticas neoliberales, la riqueza en el mundo actual se redistribuye cada vez peor, y que según el PNUD, en el último decenio hayan aumentado las distancias entre el Norte y el Sur, así como las diferencias de oportunidades al interior de las poblaciones de cada nación.

Mis reflexiones se encaminan hacia otros propósitos surgidos de los enfoques desarrollados por distintos caminos y con dedicación y paciencia ciudadana. Basta recordar algunos hitos: Ha comenzado a dar incipientes frutos la creación del Tribunal Internacional para juzgar los crímenes de *lesa humanidad* o, para los chilenos, el desafuero de Pinochet y las investigaciones judiciales para esclarecer las situaciones reales de fusilamientos, desapariciones y tortura, y el rescate de la memoria de los vencidos. Los entramados de la actual guerra dejan percibir la lucha de las mujeres afganas reunidas en la *Asociación Revolucionaria de las Mujeres de Afganistán* –RAWA–, cuyas denuncias a su condición

de perseguidas por el fanatismo se hacían en un sitio de Internet. Las proposiciones de estas mujeres para sobrevivir a la misoginia y a ciertos códigos morales tradicionales, muestran el largo camino que queda por recorrer en diferentes lugares del mundo para lograr la igualdad de género en los ámbitos de los derechos reproductivos, la sexualidad, las condiciones del matrimonio, el trabajo, el ejercicio de la ciudadanía. En este caso la calidad del horror devela los resultados que traen consigo los abusos de los poderes de la fuerza y los encubiertos, las lecturas intolerantes de las ideologías, y las religiones.

En estas condiciones, una mirada posible desde América Latina puede tomar como marco de referencia la Modernidad, expresión de la emancipación humana, que no solo es una toma de posición intelectual, sino también de acción política en el espacio público. A partir de estos supuestos, se desprenden múltiples posibilidades para una ciudadanía activa, defendiendo la democracia, los derechos humanos, las libertades de opciones: ideológicas, políticas, religiosas, culturales, el respeto a los derechos de género, la justicia social.

Esta pareciera ser una declaración tradicional, una vuelta o revisión, cuando más, del Siglo de las Luces, haciendo tabla rasa de muchos debates actuales. Sin embargo, cabría preguntarse si el programa de 1789 ha sido cumplido, si las reflexiones de la *Escuela de Frankfurt*, de Gramsci, de Habermas, de Ranciere, de Hanna Arendt, no fueran incitadoras para tratar de repensar las tensiones entre las identidades, las necesidades del sujeto histórico y su participación ciudadana. Estoy consciente de que las propuestas de Giddens –la tercera vía– o de Hayeck, dejando al mercado la ordenación de las sociedades, le han quitado toda radicalidad a los haceres ciudadanos.

A este respecto, Eric Hobsbawm en su presentación de “Las catástrofes del siglo XX”, concluye que “el siglo finalizó con un desorden global de naturaleza poco clara, y sin ningún mecanismo para poner fin al desorden o mantenerlo controlado”. Y agrega, “uno de los atractivos intelectuales que ayudan a explicar el breve auge de la utopía neoliberal es precisamente que ésta procuraba eludir las decisiones humanas colectivas. Había que dejar que cada individuo persiguiera su satisfacción sin restricciones, y fuera cual fuese el resultado, sería el mejor posible...”. Y propone

que: "el destino de la humanidad en el nuevo milenio dependerá de la restauración de las autoridades públicas"².

En un orden distinto, Paul Ricoeur ha propuesto a los historiadores la exploración de los proyectos que la memoria colectiva ha resguardado por larga data, preguntando: "¿Es necesario oponer el deseo de verdad de la historia al deseo de fidelidad de la memoria?... Una historia reinstalada por la memoria en el movimiento dialéctico de la retrospectión y el proyecto no puede separar la verdad de la fidelidad, que está ligada en última instancia a las promesas no alcanzadas en el pasado, puesto que es con respecto a éstas que estamos primordialmente en deuda"³.

Sobre la globalización: Ganancias, mercadeo y sufrimientos sociales

Históricamente la globalización o dominio de los países más industrializados no es nueva. Desde 1880 las disparidades mundiales han aumentado geométricamente en "la economía-mundo capitalista", entre el centro próspero y el Purgatorio, decía Fernand Braudel en 1984⁴.

El recorrido hacia la luz del poder económico y del saber no ha estado exento de formas brutales de dominio, pero también de resistencias de las sociedades civiles. La época del Imperialismo europeo entre 1880 y 1914, acrecentó las ganancias del capital de inversión al rebajarse los precios de las materias primas y favorecer la división del trabajo entre el Norte y el Sur del mundo.

Desde entonces, como explicaba en los sesenta Franz Fanon: "el mundo colonial es un mundo cortado en dos"⁵, construido por los vencedores como una alteridad, necesariamente excluible y vivida por los otros como una búsqueda de recursos propios o prestados para acceder al desarrollo. El *apartheid* en Sudáfrica fue la forma más gráfica de esta contención.

La resistencia de los colonizados tampoco puede olvidarse. Los movimientos de liberación nacional en África y Asia, buscando la semejanza de sus colonizadores en la formación de estados nacionales autónomos, tratando de utilizar sus recursos naturales para lograr la industrialización. En América Latina la búsqueda de la democratización de la sociedad, unida al desarrollo económico, fue difícil de trastocar sin utilizar la fuerza a destajo, la

que pusieron los ejércitos cooptados por las burguesías nacionales con la ayuda de los EEUU. En todas partes, los trabajadores pelearon en el espacio público por sus derechos y por una redistribución de la riqueza social, logrando establecer los *estados bienestar*.

El periodo que va desde los finales de la Segunda Guerra Mundial hasta los años ochenta del siglo XX estuvo plagado de violencias y esperanzas para afirmar “la autodeterminación de los pueblos”, como rezaba la resolución de Naciones Unidas. La pérdida de legitimidad del poder de las grandes potencias fue una de las claves de la época, que culminó con el rechazo externo e interno a las ambiciones de dominio de los EEUU en Vietnam, la condena internacional a las violaciones de los derechos humanos realizadas por las dictaduras de Chile, Argentina y Uruguay, como también a la denuncia de las atrocidades del *apartheid*, entre otras. Las huellas de este proceso, actualmente difuminadas, por el triunfo o la derrota, si usamos términos militares, de los proyectos que por la radicalidad de la apuesta parecen impracticables.

En las condiciones expuestas, la globalización representa cambios cualitativos, puesto que el dominio de los países más desarrollados no se expresa solo en el control del mercado de los bienes transables –materias primas, bienes de capital para la industria– como fuera desde 1880, sino que en sus bancos se acumula el capital financiero, tienen la capacidad instalada para crear saber, usar y controlar la información, elementos imprescindibles para el desarrollo científico y tecnológico, como también poseen el poder militar. Sin embargo, desde la caída del mercado mundial en 1973–“el choque petrolero”– hasta ahora, las crisis recurrentes de la economía mundial no le han permitido remontar definitivamente hacia un periodo de permanente bonanza como fuera el de “los 30 gloriosos años” que siguieron a la Segunda Guerra Mundial.

Las políticas llevadas a cabo por Reagan, Thatcher y Pinochet, que fueran bastante aplaudidas como triunfo del neoliberalismo frente a las de *los estados bienestar*, junto con haber traído consigo un sufrimiento social de magnitud, han significado una creciente inestabilidad de la economía y una pérdida de autonomía para las políticas estatales. La imagen del presente es paradójica: la

humanidad nunca produjo más bienes y con mayor rapidez, pero su distribución es cada vez más injusta, a lo que se une la disminución creciente de los ciudadanos haciendo política y decidiendo los destinos de sus estados o sus comunidades históricas.

Quisiera detenerme en este último punto, que alude al poder ciudadano, rescatando una proposición de Braudel, que puede iluminar las paradojas de la globalización: "Como privilegio de una minoría, el capitalismo es impensable sin la complicidad activa de la sociedad. Constituye forzosamente una realidad de orden social, una realidad de orden político e, incluso, una realidad de civilización...". Y concluye: "El capitalismo solo triunfa cuando se identifica con el Estado, cuando es el Estado"⁶. Así, el capital financiero cambia de forma y cuenta con las políticas de los estados. Luego, podemos preguntarnos: a fin de maximizar sus ganancias y estabilizarse, ¿no deben las multinacionales contar con los apoyos de los grandes y pequeños estados? ¿No hemos visto en los meses de guerra el comportamiento de las bolsas de capitales, casi optimistas, después de los flujos de dinero fresco de la Reserva Federal y de los principales bancos centrales para mantener el consumo?⁷ ¿No hemos presenciado cómo se despide a miles de trabajadores en todo el mundo, después del 11 de septiembre, aunque en realidad es la medida siempre a mano para paliar una recesión que, en este caso, había comenzado antes de las agresiones? ¿No hemos notado que los gobiernos de los países subdesarrollados están inquietos, debido a que puedan disminuir en los mercados del Norte las cuotas que se les otorgan para comprarles sus materias primas?

El rol de las políticas públicas es más relevante de lo que las apariencias de la globalización permiten entrever. Como en el pasado, las voluntades políticas son igualmente imprescindibles, por lo tanto las críticas y resistencias ciudadana pueden recuperar su autonomía, en la medida que la política vuelva a ser una actividad que salga de las decisiones tecnocráticas, del secreto de los poderes instituidos y de las aspiraciones a consensos que, la mayoría de las veces, atienden más a los intereses privados que al buen funcionamiento de la "causa pública".

Detrás de los horrores ocurridos el 11 de septiembre se esconden diversos secretos de Estado y de los personeros que representaban a las oficinas de inteligencia o simplemente eran los

representantes de las instituciones. Las políticas de los EEUU durante la Guerra Fría para desestabilizar la región del cercano y mediano oriente con el objetivo de impedir o limitar la impronta de la Unión Soviética, en el caso concreto de Afganistán, se manifestaron en el apoyo irrestricto –económico y militar– a varios de los grupos que exhibían públicamente su apego a una lectura intolerante de la religión musulmana, entre ellos a los “talibanes” y a lo que sería la red Al Qaeda, dirigida por Bin Laden. A los esfuerzos de la CIA se unieron los buenos negocios, que llevaban a controlar los yacimientos y el paso del petróleo y el gas natural hacia el mundo occidental. En ambas acciones se ligaron los representantes políticos de los EEUU representados en la familia Bush y los intereses de Arabia Saudita y del poderoso y extenso clan Bin Laden⁸. La mano invisible del mercado y los apoyos políticos han tenido el correlato que conocemos, sin que las instituciones del Estado hayan entrado a investigar y traspasar las responsabilidades públicas y privadas.

En un orden distinto de las complicidades entre los poderes de la globalización y las políticas de Estado, también estamos presenciando una situación que ha ocupado tenuemente a los medios de comunicación, que corresponde al derrumbe del bienestar de los ciudadanos argentinos. La crisis parece sin salida, empobreciendo en los últimos cinco años a una de las naciones que, incluso, había podido sobrellevar con éxito los embates de la depresión económica mundial de 1929. Los movimientos sociales resisten a la pérdida de las garantías de que disponían los trabajadores; las denuncias a la corrupción de las autoridades políticas se transforman en simples llamados de atención que parecen insuficientes a la hora de buscar una salida para reinstalar al país, como creíble, en el mercado internacional. Estas imágenes del sufrimiento social y del caos económico que percibimos diariamente, no pueden más que llevarnos a evocar la situación en Chile de los años ochenta, cuando la Dictadura terminó de desmantelar el *estado bienestar*, y la corrupción, junto a negocios financieros fraudulentos, hicieron colapsar la economía chilena. El Régimen solidarizó con la banca privada, otorgándole seguros y créditos, a la vez que el desempleo de la población activa sobrepasaba el 30%.

Daniel Cohen contribuye a una nueva perspectiva sobre los

roles ciudadanos en el mundo actual. Para este crítico, en primer término, las relaciones entre lo público y lo privado las sitúa en "las disonancias" que operan en el dominio del consumo. Aparentemente, según la doctrina neoliberal, el progreso técnico ofrece la posibilidad de satisfacer el "deseo" de acceder a todos los bienes posibles, sin embargo "el consumidor moderno" está obligado a obtener los productos del "capital humano"—la salud, la educación— que son públicos, en el sentido de que es necesario que sean producidos por una comunidad y no por un particular. "La dificultad de ser del hombre moderno ahí encuentra una de sus fuentes: el ultraindividualismo limita sin solución de continuidad con valores radicalmente públicos"⁹.

En segundo lugar, una de las tesis fundamentales del autor sobre "el malestar social en los tiempos modernos" dice relación con la falta de "una regulación social específica", con políticas públicas que devalen la importancia del "capital humano" frente al capital financiero y que contribuyan a corregir "las disonancias" entre el consumo privado y el consumo público. Para respaldar su tesis sobre la crisis que trae consigo una época de transición, compara "los tiempos modernos" de las entreguerras mundiales, en los que la tentación totalitaria pareció irresistible, con el papel que actualmente se asigna al neoliberalismo. Por cierto, para Cohen, esas políticas públicas deben surgir del debate democrático.

Estos planteamientos me parecen fructíferos para analizar los dispositivos de resguardo con que pueden contar los ciudadanos frente a las políticas neoliberales. La comprensión de las transformaciones del modo de producción capitalista posibilitan impulsar la acción política en el entrecruzamiento de las relaciones entre el capital financiero y el capital humano, entre "las disonancias" públicas y privadas. En nuestro país, las políticas para la educación, la salud y las garantías de un mínimo de estabilidad y dignidad para los trabajadores, han mostrado los efectos de "la disonancia", no solo porque la fiscalización estatal sea imprescindible para transportarnos al "primer mundo" y contribuir a paliar las crisis de la economía mundial—como se asevera constantemente para contener las críticas conservadoras—, sino porque la pérdida del potencial creativo de saber los efectos de las enfermedades y la impaciencia del mundo del trabajo, pueden a

corto plazo coartar el desarrollo. En todo caso, a mi juicio, sin políticas públicas adecuadas se corre el riesgo de imposibilitar la democratización y autonomía del país.

Coincidimos con Cohen respecto a que las nuevas formas de las decisiones políticas implican, a ciudadanos decididos a develar e impactar a los poderes de toda índole, poderes que continúan utilizando las representaciones culturales o religiosas, así como los miedos a la represión o al fracaso social. Los fines, históricamente, han sido siempre los mismos: conservar, a veces hasta el fanatismo, los antiguos órdenes patriarcales o para respaldar el disciplinamiento social acrecentando la ganancia, se utilizan las herramientas de la posesión del capital financiero. Sin embargo, la crisis actual demuestra que la concentración del poder y el saber están poniendo a prueba “el mejor de los mundos”, que necesita reconversiones.

Entre la hegemonía cultural y las amenazas a la democracia

El concepto de globalización tiene sus trampas. Por una parte, desvanece la historia del dominio de los países capitalistas más avanzados y, por otra, desarticula la responsabilidad de los estados en la toma de decisiones públicas, tendientes a favorecer los intereses privados. En ambas situaciones, el peso del sistema constituido cae sobre las sociedades, desarticulando seriamente la participación política de los ciudadanos, a veces hasta la anomia.

Del mismo modo, la pérdida de la pertenencia a una comunidad discernible históricamente lleva necesariamente a los individuos a sumergirse en un universo de pulsiones, deseos y sentidos abstractos propuestos desde el mercado o desde “la carretera virtual”, desde los preceptos religiosos, o de los modos de ser en una civilización. La globalización cultural, al contrario de los movimientos internacionalistas de izquierda que daban un sentido universal a los objetivos de obtener la emancipación social por las vías de la democracia, el socialismo, el comunismo, induce a los individuos al gesto desesperado de identificarse con otros que podrían abstractamente ser sus semejantes o sujetos que deben imitarse para llegar a estar en el mundo contemporáneo.

En todas estas posibilidades, separadas o reunidas, la deconstrucción del espacio público nacional impide que los conflictos

de intereses ciudadanos, o las reivindicaciones de pueblos o grupos sojuzgados o vencidos, puedan expresarse y lograr sus objetivos a través de las acciones políticas colectivas.

Lo que podemos observar en “las guerras” que estamos mirando, es justamente la disolución de los intereses, propuestas culturales y políticas en distintos preconceptos abstractos de civilización y/o religión, que despiden el hábito de las consignas totalitarias, basadas en un relato del mundo terreno y celestial con una larga genealogía. Se trata de normas y modos que en muy poco se parecen a las referencias históricas o a los problemas que nos interesan y que perturban a la hora de decidir, puesto que se desconoce su procedencia, sus sentidos últimos, habiéndose perdido el contorno del espacio público asumido por largo tiempo.

A este respecto, si aceptáramos en América Latina la evanescencia de lo público, históricamente discernible, quedaríamos imposibilitados para ejercer las demandas democráticas, como por ejemplo el esclarecimiento de los crímenes de lesa humanidad ejecutados por las dictaduras o la secularización de nuestras sociedades, particularmente en Chile, para liberar el cuerpo y el libre albedrío femenino de “la moral” conservadora que insiste en sojuzgarlos. Tampoco podrían los movimientos indígenas reclamar el respeto a sus identidades culturales, ni reclamar por medidas necesarias para recibir, aunque sea en parte, la deuda impaga por la colonización de sus tierras. También, los trabajadores de esta parte del mundo, deberían aceptar silenciosos que sus condiciones de vida dependan del mejoramiento de los movimientos del mercado mundial. Estoy consciente de que estas reflexiones son preliminares para un debate intelectual, que a mi modo de ver no puede alejarse de la factualidad política. Las proposiciones de tantos autores, discutiendo la obsolescencia del sentido de la emancipación moderna –individual y colectivamente ejercible y pensable– merecen respuestas más contundentes que las de este ensayo. Sin embargo, me atrevo a proponer que la historia del presente necesita, para el análisis y la interpretación, desechar el eje articulador de la globalización, que designa a la vez las políticas neoliberales y las sumisiones culturales, para volver al concepto de hegemonía, el cual deja la puerta abierta para dirimir las formas de producción y apropiación del poder, en juego en las sociedades del final de la Guerra Fría.

Antonio Negri y Michael Hardat entregan una imagen del mundo del año 2000, en la introducción de un libro anunciador de los conflictos actuales: “El imperio se está materializando ante nuestros ojos. Durante las últimas décadas, mientras los regímenes coloniales eran derrocados, y luego precipitadamente, tras el colapso final de las barreras soviéticas al mercado capitalista mundial, hemos sido testigos de una irresistible globalización de los intercambios económicos y culturales. Junto con el mercado global y los circuitos globales de producción ha emergido un nuevo orden, una nueva lógica y estructura de mando –en suma una nueva forma de soberanía–. El Imperio es el sujeto político que regula efectivamente estos cambios globales, el poder soberano que gobierna al mundo”¹⁰.

El análisis que los autores desarrollan a continuación me parece que apuntan en el camino de las aseveraciones y propuestas que he señalado, por cierto las discusiones que instalan y la forma de resolverlas son bastante más enriquecedoras. La gran apuesta en este texto es la búsqueda de una salida a las interrogantes intelectuales y a las formas de acción ciudadana para quebrar la “lógica de mando”, sin incurrir en el refugio de las tradiciones religiosas o nacionalistas a ultranza, que parecen el remedio al miedo al desarraigo y el antídoto a la frustración de no poder constituir un espacio propio, digno, y que permita acceder a la proliferación de bienes y de información para el saber.

Orientalismo y choque de civilizaciones¹¹

La exhortación a la unanimidad es otro de los problemas que queremos abordar en este ensayo. A nuestro juicio, constituye una de las formas de ejercer la producción del saber y el poder sumergiendo en representaciones culturales abstractas, las diversidades que han dado pie a los conflictos que estamos presenciando. De la actual hegemonía mundial se desprende la unidad omnipresente de “la civilización musulmana” u oriental, excluyendo las diversidades de lectura religiosa o cultural, de historias y memorias separadas y afines, de espacios nacionales o en búsqueda de los mismos.

Edward Said advertía que “El Oriente no es un hecho de la naturaleza o, como le defino, ‘orientalizado’. El Orientalismo no

es un simple proyecto escolar para obtener un conocimiento más acabado de un objeto real. El Oriente no es sino un discurso que crea su propio objeto en el despliegue del propio discurso. Las dos características primarias de este proyecto son su homogeneización del Oriente desde Magreb hasta la India (los orientales son iguales en todas partes) y su esencialización (el Oriente y el carácter oriental son identidades intemporales e inmodificables)¹². El discurso hegemónico, en sus formas de producción incluye y excluye las huellas históricas de las diferencias, pudiendo ser aceptado, considerando su carácter operativo por sus creadores y los sujetos de su relato, conminados a entrar al marco de referencia.

El éxito de la obra de Huntington, *El choque de civilizaciones* por su carácter predictivo del *11 de septiembre*, nos demuestra la importancia que se ha adjudicado a "interpretar la evolución de la política global después de la guerra fría", como nos dice el autor en la introducción. Habiendo terminado la confrontación bipolar entre dos sentidos y formas de administración de los derechos económicos y sociales, ahora, se deben buscar los nudos profundos de los conflictos futuros al interior de las naciones y entre ellas o entre bloques, que según Huntington, se conformarían a partir de las civilizaciones imbuidas de sus distintas representaciones religiosas y culturales. Le sirven de apoyo a su tesis los conflictos en curso: El estallido de la ex Yugoslavia, la guerra entre Rusia y Chechenia, entre armenios y azeríes, así como las resoluciones internacionales, que van desde la coalición contra Irak hasta la organización de los Juegos Olímpicos en Sidney, en lugar de Pekín.

El autor, luego de presentar el concepto de civilización recurriendo a distintas interpretaciones –de Arnol Toynbee, Fernand Braudel entre otros–, distingue siete civilizaciones contemporáneas: Occidental, América Latina, China, Japonesa, Hindú, Africana y Musulmana. Con respecto a esta última, escribe "todos los grandes especialistas admiten la existencia de una civilización musulmana fácilmente distinguible. Nacida en la península arábiga en el siglo VII después de Cristo, se extendió a África del Norte, España, y el Este de Asia Central, al subcontinente indio y a Asia del Sudeste. En consecuencia de esto, se distinguen en el seno del Islam varias culturas o subcivilizaciones: la árabe, la turca, la persa y la malasia"¹³. Por cierto, Huntington matiza el aní-

lisis de cada una de las civilizaciones, en cuanto a las diferencias, e incluso oposiciones internas. En el caso que nos interesa, la civilización musulmana tiene en cuenta la historicidad de las diferencias, más que religiosas, en los comportamientos políticos, sin desconocer la importancia que han tenido los conflictos internacionales, la posesión de pozos petrolíferos que se encuentran en algunas de las naciones que la conforman.

De este modo, el “choque de civilizaciones” más bien tendría su sentido en la intervención de la secularización y las modernizaciones en esas regiones, por parte de una civilización como la occidental que pudiera considerarse universal. Esta última, poseyendo los bienes del saber, las armas más poderosas, como también sus diversidades y conflictos internos, podría debilitarse por “la revancha de Dios”, como “reacción a la laicización, al relativismo moral y a la tolerancia individual, y una reafirmación de los valores de orden, de disciplina, de trabajo, de ayuda mutua y de solidaridad humana”¹⁴, que reclaman los emigrados, desplazados o los que han perdido sus identidades culturales. Tampoco desconoce el autor el peso de las diferencias debidas a las condiciones de vida, al poder militar.

Sin embargo, lo que parece más significativo en el libro son las recomendaciones para “preservar, proteger y revitalizar las cualidades únicas de la civilización occidental”¹⁵, que considera amenazadas y al punto de la decadencia. La responsabilidad y los cambios de política le incumben, especialmente a lo EEUU como líder de Occidente que, entre otras medidas, deberá ocuparse de la integración política, económica, militar de los Estados; potenciar la occidentalización de América Latina; frenar el desarrollo militar de China y los estados musulmanes; considerar a Rusia “como Estado faro del mundo ortodoxo y como una potencia regional esencial”; etc.

Empoderamiento y diversidades en el “mundo musulmán”, algunos hitos

Mirando los conflictos actuales a la luz de la historiografía o desde la reconstrucción de la memoria, la crítica de Said adquiere toda su potencia al revisar los enfoques universalistas y abstractos para analizar las sincronías y diacronías históricas, que sur-

gen de la expansión de las ideas-fuerza de la Modernidad o del establecimiento del mercado capitalista mundial. Estas visiones generales desestiman las diversidades haciéndolas perder sus categorías de sujetos y objetos de estudio o reflexión teórica, tanto para su tratamiento empírico como para sus posibles interpretaciones. Los aportes de Huntington no están exentos de estas dificultades, por certeros que puedan parecer para las políticas hegemónicas, al no dar cuenta en definitiva de los problemas e intereses particulares –económicos, políticos, culturales, relaciones intergenéricas– que se dan al interior de los marcos referenciales que construye. Aun el espacio conceptual se presenta más débil, al escabullir las temáticas y situaciones que han llevado a la hegemonía mundial

La historiografía elaborada sobre huellas de haceres humanos y de los residuos de las memorias, testimonia los sobresaltos que produce la unanimidad. Del romanticismo inspirado en el “buen salvaje” hasta los miedos sociales arraigados en las imágenes de “los terroristas islámicos”, con variadas representaciones intermedias, el mundo hegemónico ha tratado de buscarse misiones civilizatorias o interpretaciones unívocas.

Saliendo de la “imagen cristal”, se pueden recordar algunos hechos mayores de “la civilización musulmana”, para rescatar las diversidades de opciones políticas, culturales y religiosas, que presentan un mundo cambiante, colmado de proposiciones alternativas, aunque siempre recibiendo los impactos económicos y guerreros debidos a los intereses de las grandes potencias.

En la segunda mitad del siglo XIX gran parte de las regiones o naciones donde se profesaba mayoritariamente el Islam, van a ser ocupadas por las potencias europeas, a las que resistirán en mayor o menor grado Argelia y Egipto, pero siempre sin éxito. La irremisible pérdida de influencia del Imperio Turco tendrá como contrapartida una de las primeras reacciones internas promovidas desde los grupos de “intelectuales” formados en las filas de la burocracia y el ejército imperial–“los jóvenes turcos”– que intentarán una modernización del país en 1908 y que continuará Mustafá Kemal- Ataturk, quien terminará después de la Primera Guerra Mundial con la declaración de la República. Las reformas de Ataturk se centrarán en una laicización institucional y cultural –separación de la Iglesia y del Estado, cierre de las escuelas corí-

nicas, prohibición para las mujeres de usar velo, creación de tribunales de justicia autónomos, etc.– e impulso a la modernización para el desarrollo, que fue considerada una occidentalización, y trajo consigo la formación de la *Liga musulmana*, que incitaba a volver a las tradiciones religiosas sobre la base del respeto a la *charia* –la ley coránica–.

El régimen de Ataturk sustentado en la preservación de la independencia, la integridad territorial y la modernización tendrá una gran influencia en la formación de grupos y partidos que aspirarán a gobernar en las distintas regiones del cercano y mediano Oriente. La modernidad democrática no será parte del programa de esa época, tanto en los que se refiere a las libertades individuales y públicas, como el respeto a otros pueblos que integraban el país, como armenios y kurdos, que serán duramente combatidos.

Los intentos de Gamal Abdel Nasser a comienzos de los cincuenta, con la creación del Comité de Oficiales Libres, se desarrollarán sobre tres elementos mayores: la independencia y liberación del mundo árabe y el socialismo. En el plano interno, comenzará por la nacionalización del Canal de Suez y de las riquezas nacionales, la reforma agraria y la construcción de la represa de Assuan, necesaria para obtener recursos energéticos. Internacionalmente, será uno de los fundadores del *Movimiento de los No Alineados* –Conferencia de Bandung en 1955–, llamado y política que prosperará en el Tercer Mundo para lograr una salida digna a la colonización y un camino propio para el desarrollo en el marco de la Guerra Fría.

El nasserismo fue una de las respuestas más contundentes que surgió desde el mundo árabe, para impulsar la idea de la autodeterminación de los pueblos en las condiciones existentes entre los años cincuenta y setenta. La reacción interna de la oligarquía terrateniente y de la burguesía, que habían gobernado Egipto con el apoyo de las grandes potencias –Inglaterra, Francia y EEUU– será bastante fuerte, pero las reformas emprendidas cambiarán el país y esos grupos serán reemplazados por sectores de capas medias surgidos y comprometidos con las modernizaciones impulsadas por el Estado. Desgraciadamente, las reformas no tendieron a la democratización política, siendo reprimidos los grupos islamistas y los partidos de izquierda, particularmente,

los comunistas, a pesar de la ayuda en capitales, recursos humanos y tecnología que le prestara la Unión Soviética.

La defensa de las naciones de la Región, y el desarrollo económico y social, serán programas que levantarán en versiones diferentes el Baasismo, particularmente en Siria, y Mossadegh en Irán; representarán respuestas activas a los problemas que se consideraban más fundamentales: la independencia nacional y el desarrollo económico y social.

Estas evocaciones, que no son exhaustivas, pretenden mostrar los desafíos y las políticas propias para encararlos que surgieron en los distintos estados, que permiten entender las diversidades y las reacciones actuales. Las dificultades que encontraron, los cambios realizados y la falta de democratización política, están enraizados en la riqueza de recursos energéticos de la región, fundamentales para la industria y los transportes. Durante la Guerra Fría se trataba del dominio estratégico de una extensión geográfica decisiva para ambos campos en conflicto, lo que no ha variado substancialmente, puesto que la estabilización y acrecentamiento de las ganancias en el mercado mundial dependen de la mantención del control de esos territorios, como quedó a la vista en la Guerra del Golfo.

Las propuestas del kemalismo y el nasserismo todavía impulsan a grupos extensos de las sociedades civiles de los países de la región a la búsqueda de caminos propios que los reúnen en vastos movimientos "anti-imperialistas", como hemos podido percatarnos mirando las guerras.

Del mismo modo, la frustración que han producido los proyectos inconclusos, el atrincheramiento de las oligarquías y las burguesías de los distintos países, la falta de derechos y libertades unida a una insuficiente distribución de los ingresos, se han constituido en elementos maestros para que una parte de la población encuentre amparo en las corrientes *islamistas*, reactivas a la modernidad y a la modernización capitalista, como "los demonios" occidentales.

Gran parte de los movimientos más conservadores e intolerantes de la "guerra santa", y el respeto irrestricto a la *charia*, están dirigidos por miembros de la oligarquía y la burguesía, enriquecida en el transcurso del proceso modernizador y en alianzas, particularmente con los EEUU. El caso de Bin Laden precisa esta

aseveración, como también el apoyo en recursos económicos que le han entregado el gobierno conservador de Arabia Saudita y sectores similares de Pakistán, entre los más relevantes. Sin embargo, la aceptación de esta lectura del Corán, por grupos numerosos de muyahid –“el que se esfuerza en la vida de Dios”–, que se han expandido en una red mundial, más o menos activa, expresan “el abandono del mundo” frente al conjunto de malestares que han vivido por un plazo demasiado largo las sociedades de la región¹⁶.

En el caso de Afganistán, los treinta años de guerra civil posibilitaron la expansión de los talibanes y del movimiento de Al Qaeda. Lo que se ha tratado de olvidar en el presente son los intentos anteriores por conformar una Nación-Estado en una zona de alto valor estratégico. Los medios de comunicación retrotraen el conflicto a la intervención de la Unión Soviética, dejando en la oscuridad varios momentos significativos para comprender lo que ha estado ocurriendo.

A comienzos del siglo XX se realizaron diversas tentativas para lograr la modernización del país, siguiendo el modelo kemalista, que provocó la reacción de los sectores religiosos conservadores. Después de la Segunda Guerra Mundial, los gobiernos afganos van a utilizar la competencia Este-Oeste para obtener créditos en pro del financiamiento de la modernización. Esta última se referirá a inversiones en trabajos públicos, educación y reforzamiento del Ejército, produciéndose una diferenciación de alto costo político y social entre los mundos urbanos y rural. El golpe de Estado de Alí Muhammad Daoud (1973) contra la Monarquía, para establecer una república centralizada y modernista, internacionalmente aliada de Irán y Pakistán, llevará al derrocamiento por la fuerza del Régimen, esta vez accionado por una coalición de izquierda que había sido su aliada política, recibiendo el apoyo de la Unión Soviética. El nuevo gobierno aplicará un plan de reformas que oscilarán entre el modelo nasserista y las propuestas socialistas, que en el corto plazo producirá un enfrentamiento que todavía persiste, entre la *intelligentsia* urbana minoritaria y los propietarios agrícolas y campesinado. Por cierto, la totalidad de los modelos modernizantes empleados no habían tomado en consideración las representaciones culturales de las distintas comunidades que ocupaban un territorio limitado, más bien por las

concepciones occidentales, como tampoco habían propendido a una democratización política. Tampoco puede dejarse fuera del análisis que la laicización encontró una gran resistencia, apoyada desde Pakistán, Arabia Saudita y los EEUU, particularmente en el momento que el gobierno acudió al refuerzo soviético para tratar, por la fuerza, de detener la guerra civil.

En el periodo de la intervención militar soviética, la defensa de la fe islámica y la pertenencia comunitaria fueron un acicate para agravar el conflicto civil. Con todo, el gobierno de Kabul logró resistir más allá del retiro de las tropas soviéticas en 1989, siendo vencido por los talibanes en 1992 –gobierno de Najibullah–, dando pábulo a las divisiones que conocemos, habiendo mantenido sus posiciones, en el tercio norte del país, el ejército del comandante Massoud, unido a la guerrilla comunista.

La historia reciente de Afganistán ha estado unida a las acciones cubiertas y encubiertas de los EEUU para evitar las creaciones propias de la comunidad. El apoyo financiero, en armas, campos de entrenamientos –militar y de inteligencia– que le entregará a los talibanes y a Al Qaeda, empiezan a ser conocidos. Esta alianza incluirá a los sectores más conservadores de Pakistán comandados por el general Zia ul-Haq que se ampara del poder en 1979, deponiendo al gobierno constitucionalista de Bhutto. Los EEUU, entre 1987 y 1992, le entrega créditos por 8.500 millones de dólares, que servirán para las políticas modernizadoras, a las que agrega una “islamización” del país sostenida en la aplicación de la ley marcial. Desde entonces, estos sectores pakistaníes intervendrán directamente en la guerra de Afganistán.

Las tentativas en Pakistán para volver a la normalidad democrática –1993-1997– han sido abatidas militarmente utilizando los “conflictos étnicos”, las violencias religiosas y las dificultades económicas, pero por sobre todo tienen como base, desde 1989, la reorientación del país, como gendarme del Asia Central para tener acceso a las reservas petroleras, con el apoyo de EEUU.

La violencia y “los buenos negocios” parecen haber sido las enseñanzas que han movido las políticas locales y la intervención americana, como lo mencionábamos, recordando las alianzas de los linajes Bin Laden y Busch. El “islamismo”, que propugna una lectura del Corán, también impulsa el establecimiento de gobiernos en el poder que, junto con reclamar la unidad del Estado y la

Iglesia, pretenden obligar al conjunto de la sociedad a aceptar un nacionalismo, que en los casos de Afganistán y Pakistán no están exentos de la contaminación con las ganancias en el mercado de capitales. Como lo plantea Ghallioun Burhan: “Sin embargo, este movimiento ascendente del islamismo no marca el fin de la secularización. Contrariamente a ciertas apariencias, los desafíos fundamentales no son religiosos sino profanos. La politización del Islam nos es más que la expresión de la agravación de la lucha por el poder y, más allá, por el control de los recursos. Tanto en Pakistán de Zia ul-Haq como en Afganistán de la guerra civil, la introducción de la *charia* no ha cambiado los hechos fundamentales de la crisis”¹⁷.

Siguiendo esta perspectiva, debiéramos sorprendernos por las palabras de Bin Laden de apoyo al pueblo y gobierno palestino, puesto que no se puede dejar de rememorar las masacres a militantes de la OLP en el “septiembre negro” de 1970, en Jordania, cuando se transformaron en una amenaza para los grupos conservadores en el poder de ese país. La tibieza en el apoyo de varios estados árabes a los palestinos, como por ejemplo Arabia Saudita, resulta difícil verla como un conflicto entre laicos y religiosos; más bien parece haber sido, y continúa siéndolo, un enfrentamiento de intereses de distinta índole, que afortunadamente, a pesar de los enormes sacrificios humanos, la existencia del Estado Palestino ha encontrado una luz, sino de solución a lo menos de legitimidad en la época de la “guerra contra el terrorismo”.

Este ensayo quedaría incompleto, al no aludir, aunque fuera someramente, a las diversidades que encierra la visión unívoca del Islam o de los fieles musulmanes. A los estudiosos del tema se le presentan problemas a la hora de tratar de conocer e interpretar las múltiples lecturas y expresiones de una religión descentralizada –no cuenta con una autoridad única–, a lo que se unen las dificultades para historizar cualquiera otra religión.

En el curso de la segunda mitad del siglo XIX, y continuando en el siglo XX, se fue desarrollando una vertiente de interpretación y práctica religiosa a través del movimiento de “reformismo musulmán” –salafismo o neosalafismo–, que criticaba la tradición mística fatalista, la inercia de las cofradías y el apego a las tradiciones de interpretación de los textos sagrados. El salafismo

surge en reciprocidad a la búsqueda de las salidas históricas que hemos bosquejado, planteando una "regeneración religiosa", volviendo a la lectura directa del Corán y al esfuerzo de una interpretación personal de las fuentes religiosas, en el entendido de que el Islam ha abolido la jerarquía y el poder clerical. Por otra parte, mostrarán la capacidad de desarrollo de la ciencia y la literatura, practicada por los "salaf" –los grandes ancestros–, que contribuyeron entre los siglos VIII y XV al conocimiento universal. Entre los más importantes impulsores del salafismo se cuentan: Sayid Ahmad Khan, historiador; Muhammad Iqbal, el gran poeta, y en el mundo árabe, el egipcio Djamal al-Din al-Afghani y numerosos teólogos de la Universidad de Al-Azhar.

Los sectores más conservadores sistemáticamente han rechazado el salafismo por considerarlo racionalista y occidentalista. En la vertiente opuesta se encuentran las lecturas y prácticas que han repuesto la cosmovisión fatalista de la muerte en la jihad, recordando los versos del Corán que dicen: "¡Que quienes cambian la vida de acá por la otra combaten por Dios; ¡A quien combatiendo por Dios, sea muerto o salga victorioso, le daremos una magnífica recompensa!" (4:74). La idea del "abandono del mundo terrenal", presente en todas las religiones universales de la resurrección, cobra su interpretación, adaptada a los malestares de sociedad, cuando la desesperanza, la frustración y la falta de proyectos de futuro le ganan a la vida.

Estas evocaciones, que no pretenden una profunda revisión de las interpretaciones religiosas en el Islam, están encaminadas a mostrar divergencias de importancia que han estado unidas a políticas de Estado y al surgimiento de movimientos sociales. Sin embargo, nuestro objetivo central es constatar que la exhortación a las miradas unívocas o a las interpretaciones históricas abstractas sirvieron, y lo siguen haciendo, para reforzar la hegemonía mundial.

Reflexiones finales

Los militantes de los movimientos sociales y políticos en las décadas de los sesenta y setenta teníamos la certidumbre de que nuestra participación en los debates intelectuales y en la acción podían modificar las políticas públicas nacionales y cambiar el

curso de los asuntos mundiales. De cada quien dependía contrarrestar el terrorismo de Estado, lograr la autodeterminación de los pueblos, defender la paz mundial. Entonces, la palabra de los grandes intelectuales pesaba en las decisiones políticas y en las tomas de posición individual. Por cierto esta era una conciencia universalizada, entre los ciudadanos de la reflexión crítica y los militantes de izquierda de todos los lugares del mundo.

Jalonaron la época, hasta lo que puedo recordar desde nosotros: los "mayo del 68" —en Chile en 1967—, las exigencias de justicia social, la petición de paz para Vietnam, a la que se sumaron los jóvenes norteamericanos, el apoyo a la lucha por "las libertades civiles" de los afroamericanos, la igualdad de género, la restricción a las armas nucleares y, al final del periodo, la defensa de los derechos humanos.

A muchos nos cuesta entender cómo se difuminaron tanta vocación y tanta decisión de ser ciudadanos de aquí y del mundo. Lo menos que se podría constatar es que se trataba de un mundo bullicioso, como parece serlo el de la democracia, incluso cuando se instalaba una dictadura, que obtuvo gran parte de sus peticiones y exigencias, que contribuyeron a deslegitimar, hasta hace poco, la hegemonía del poder irrestricto.

El mundo poblado de imágenes en que habitamos ha ido perdiendo sus voces humanas, contradiciendo el afán de información y saber que teníamos, dependiendo del lugar, hace solo veinte años.

Con todo, los haceres ciudadanos han tenido una salida positiva para defender los derechos humanos y establecer los parámetros de la justicia ante los crímenes de lesa humanidad, causa que ha involucrado a millones en el mundo. No se ha tenido el mismo éxito cuando se trata de los derechos de las mujeres, de la preservación del medio ambiente o de las políticas que impidan la corrupción debida a los "buenos negocios".

Actualmente, las acciones han sido parciales en cada una de las naciones, cuando se trata de solidarizar con causas como las de lograr el respeto a los civiles en Afganistán o exigir la existencia de un Estado Palestino. En Chile, tampoco se han expresado las mayorías para reconquistar los derechos de los trabajadores, o la libertad, en una sociedad secularizada como pretende ser la nuestra, a decidir sobre los derechos reproductivos o el divorcio,

a lo que se unen otras temáticas de envergadura para reconstruir una sociedad plenamente democrática.

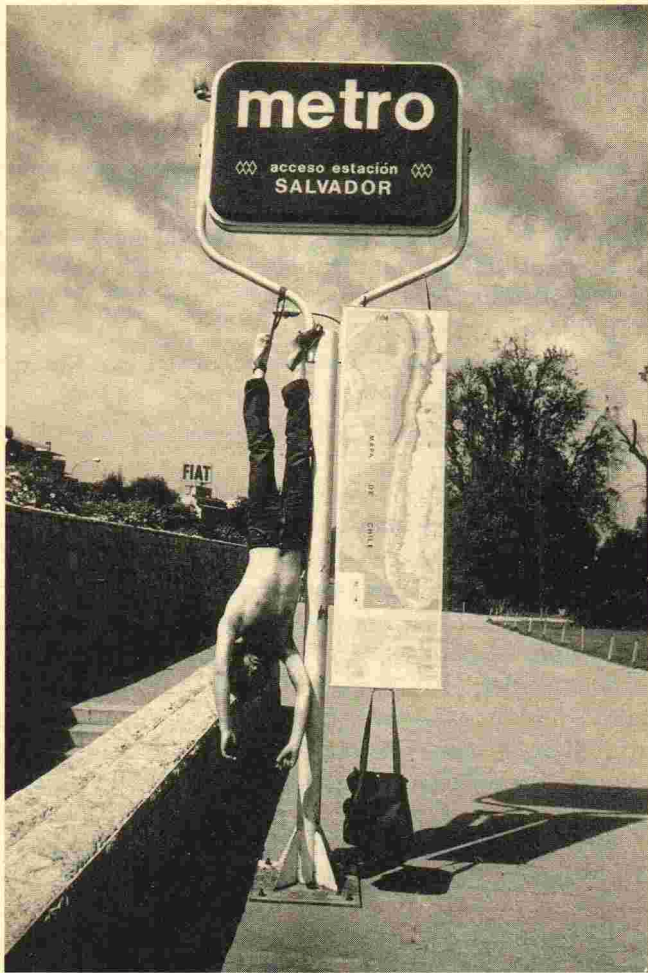
¿La tragedia que hemos presenciado, llevará a restablecer la hora de los ciudadanos? Desde la historiografía se sabe que no existe un "fin de la historia". Por el contrario, todo es móvil, incluso la hegemonía, que con los esfuerzos humanos puede "desvanecerse en el aire".

Notas

- 1 Discurso de Bin Laden, emitido por Al-Jazeera, domingo 7 de octubre, 2001, versión electrónica, IBL NEWS.
- 2 Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 1996.
- 3 Ricoeur, Paul. "Histoire et memoire". En Baeque, Antoine de, et Delage, Christian. *De l'histoire au cinéma*, Paris: IHTP, CNRS, 1998. 28. (Traducción propia)
- 4 Ver a Braudel, Fernand. *La dinámica del capitalismo*, México: Fondo de Cultura Económica, 1986. 81.
- 5 Ver a Fanon, Franz. *Los condenados de la tierra*. México: Ediciones Era, 1968.
- 6 Braudel, Fernand. Op. Cit. 71-72.
- 7 12 billones de dólares para la industria de la aviación otorgados por el Congreso Norteamericano en la semana que siguió al atentado, junto a otros créditos y medidas.
- 8 Castro, Rodrigo. "Las aventuras empresariales de los Bush... Sauditas incluidos". Serie especial sobre las redes de Osama Bin Laden (IV capítulo). *El Mostrador*, 15 de noviembre de 2001.
- 9 Cohen, Daniel: *Nos Temps Modernes*, Francia: Flammarion, 1999. 17.
- 10 Hardt, Michael y Negri, Antonio. *Empire*. Massachussets: Harvard University Press, 2000. Traducción inédita de Eduardo Sadier. 3.
- 11 Ambos conceptos los he tomado prestados. El primero a Edward Said, de *El Orientalismo*, Madrid: Prohufi, 1990. El segundo a Samuel P. Huntington, *Le choc des civilisations*, Editions Odile Paris: Jacob, 1997.
- 12 Said, Edward. Op. Cit. 4-5.
- 13 Huntington, Samuel. Op. Cit. 43.
- 14 Huntington, Samuel. Op. Cit. 104.
- 15 Huntington, Samuel. Op. Cit. 345.
- 16 También se debe considerar que esos malestares se han producido en los EEUU durante el periodo de la lucha por las libertades civiles que llevaron a la formación de Los Hermanos Musulmanes en

que participaron numerosos miembros de los movimientos de la minoría negra, que sintió en la prédica islámica una salida a sus reivindicaciones de igualdad y dignidad.

- 17 *Le dictionnaire historique et géopolitique du 20e siècle*. Paris: La découverte, 2000. 371.



Elías Adasme, intervención efectuada en relación al mapa de Chile, en la Estación de Metro Salvador, el 16 de diciembre de 1979.

Tomado del libro *Calle y Acontecimiento*, Francisco Sanfuentes (ed.), Santiago, 2001.